

TRES CRÓNICAS DE JOSÉ INGENIEROS OLVIDADAS EN LAS PÁGINAS DE LA NACIÓN

THREE FORGOTTEN CHRONICLES OF JOSÉ INGENIEROS IN THE PAGES OF LA NACIÓN

CRISTINA BEATRIZ FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA-CONICET
cristinabeatrizfernandez2021@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-3540-434X>

Recibido: 22 de febrero de 2022

Aceptado: 20 de mayo de 2022

Resumen

Durante 1905 y 1906, José Ingenieros envió desde Europa al diario *La Nación* de Buenos Aires más de treinta crónicas, casi todas recogidas posteriormente en libros. El objetivo de este artículo es reflexionar sobre el caso de tres crónicas que tienen en común el hecho de haber quedado olvidadas en las páginas del diario; son las únicas que nunca pasaron a formar parte de los libros. El destino de estos escritos nos estimula a plantearnos nuevas preguntas sobre la relación entre periodismo, literatura y otros discursos sociales, como la ciencia, así como el tratar de esclarecer la línea de frontera, al menos en el caso de Ingenieros, entre la publicación en periódicos y la edición en forma de libro. Buscamos determinar posibles razones para la decisión autoral de excluir estos textos de sus antologías de crónicas, que justificamos en la premeditada construcción de su autofiguración autoral.

Palabras clave: *La Nación*, José Ingenieros, crónica, autofiguración, ciencia

Abstract

In 1905-1906, José Ingenieros sent to Buenos Aires from Europe more than thirty chronicles to *La Nación*. Most of them were included, lately, in several books. The aim of this paper is to reflect on three chronicles that were forgotten in the newspaper pages; they are the only ones that never took part in his anthologies. Those texts seemed to be condemned to the ephemeral existence typical of the press and its destiny motivate our research on some topics: the relationship between the press, the literature and other social discourses, like the scientific ones; the process that conduct from the chronicles published in the newspaper and the compilation of them in a book. We search for reasonable arguments, within the Ingenieros intellectual project, that explain the decision to exclude those texts from his chronicles anthologies and we find some possible causes in the conscious building of his author's figure.

Keywords: *La Nación*, José Ingenieros, *crónica*, self-figuration, science

Una crónica, si es extraordinaria, tiene la posibilidad de hacer que lo efímero no dure hasta mañana sino hasta pasado mañana.

Julio Villanueva Chang

En ocasión del viaje de José Ingenieros a Europa para participar del V Congreso Internacional de Psicología, Emilio Mitre, quien fue director del diario *La Nación* de Buenos Aires entre 1893 y 1909, le encargó el envío de una serie de notas de viaje para ser publicadas en el periódico, “crónicas” o “correspondencias”, si empleamos los mismos términos con que las denominaba su autor.¹ Según sus propias declaraciones, fue la única ocasión en que escribió ad hoc para un periódico.² Sus crónicas de viaje versan sobre distintos aspectos del arte, la historia, la cultura y la política europeos, además de las consabidas visitas a personalidades, siempre en la línea del viaje a Europa como una instancia formativa y de socialización político-intelectual. Desde diversas ciudades, Ingenieros remitió más de treinta crónicas para *La Nación*, desde abril de 1905 hasta octubre de 1906. Tiempo después, la mayoría de esas crónicas se publicarían nuevamente, compiladas en distintos libros: Italia en la ciencia, en la vida y en el arte, *Al margen de la ciencia*, *Crónicas de viaje* y en el octavo volumen de sus *Obras completas*, que terminó de compilar Aníbal Ponce, según las indicaciones del propio Ingenieros, y donde también *aparecen bajo el*

¹ La elección de José Ingenieros (Palermo, Italia, 1877 – Buenos Aires, Argentina, 1925) para representar al país, en un momento de la historia de las disciplinas en el cual los dominios de la psicología y la psiquiatría no estaban claramente deslindados, se justificaba en que este joven médico de 28 años ya se había destacado con su tesis sobre la Simulación de la locura, que le había granjeado, en 1900, la medalla de oro de la Universidad de Buenos Aires. De paso, el Poder Ejecutivo Nacional comisionó a Ingenieros para que estudiara los sistemas penitenciarios europeos (Bagú 87). Pero la comisión era honoraria: la escritura de las crónicas fue una forma de solventar gastos del viaje.

² Al decir de su autor, estas crónicas “Tuvieron una vitalidad inesperada por quien nunca había escrito para diarios, ni ha vuelto a hacerlo después” (Ingenieros, Crónicas 7, “Crónicas” 81). Con nueva evidencia, provista por el archivo de José Ingenieros, Mariano Plotkin reconstruye el impacto del viaje y estas crónicas en los siguientes términos: “Aunque Ingenieros era ya un personaje reconocido antes del viaje, fue a partir de sus éxitos en Europa y de sus crónicas publicadas en *La Nación* cuando su visibilidad se incrementó exponencialmente. Una carta de su amigo, el psicólogo infantil Rodolfo Senet, de junio de 1905, le comunicaba que su nombre se había puesto de moda en Buenos Aires. [...] Según Senet, todo el mundo decía conocer a Ingenieros y él mismo había oído comentar las crónicas de *La Nación* en lugares tan dispares como el Hotel de España, el teatro Politeama, el Ministerio de Instrucción Pública y el tren” (134-135). No está fuera de lugar aclarar que, si bien Ingenieros no escribió para diarios en forma rentada y ad hoc, como ocurría ahora, sí volvió a aparecer en las páginas de *La Nación* con sus conferencias: “Cómo nace el amor” y “Werther y don Juan” que fueron publicadas en ese matutino en 1910 y 1911, mientras que el 18 de mayo de 1911, en pleno conflicto por el concurso para acceder a la cátedra universitaria a la que aspiraba, dio a conocer en sus páginas sus antecedentes académicos.

título “Crónicas de viaje”. Aunque hay un núcleo de textos que permanece de un libro al otro, el corpus de crónicas recogidas oscila en cada edición.³

Pero volvamos al medio en el que se publicaron originalmente estos textos: *La Nación*. Como es sabido, este periódico, fundado por el expresidente Bartolomé Mitre, sacó a la calle su primer número el 4 de enero de 1870, con una tirada inicial de mil ejemplares. Había nacido con una intencionalidad política, pero, desde los conflictos que había protagonizado con el roquismo en la década de 1880, había adoptado la estrategia de una aparente neutralidad informativa. Era clara, sin embargo, su promoción de los modos estéticos y valores ideológicos de la modernidad europea. Durante la primera década de 1900, *La Nación* seguía siendo uno de los diarios más importantes de Argentina. Bajo la dirección de Emilio Mitre, la compra de nueva maquinaria (linotipias y rotativas) permitió acelerar el proceso de impresión y brindar un diario de mejor calidad. Es así como *La Nación* ocupó el lugar, no exento de contradicciones, “de la vanguardia literaria de la época” y “con el mismo movimiento en que tecnologizaba su producción material y discursiva” cristalizaba, “en más de un sentido, el proceso de modernización del Buenos Aires finisecular” (Ramos 105).

Ese afán “modernizador” del diario iba de la mano con su marcada colaboración en el proceso de secularización de la vida institucional y social (Sidicaro 17). Por ello, no es de extrañar que le concediera espacio significativo, entre los distintos textos cronísticos marcados por la “retórica del viaje” (Ramos), a algunos en los que adquieren un rol central temas como la ciencia, las exposiciones de industria y comercio o las mismas ciudades europeas, escenarios modélicos de la vida moderna. En contrapunto con su competidor *La Prensa*, que privilegiaba en sus páginas a cronistas españoles como Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán, *La Nación* prefería que sus corresponsales enviaran las noticias desde París. Aunque este matutino contó entre sus plumas a buena parte de la élite política e intelectual de las últimas décadas del siglo XIX –Cané, Wilde, Mansilla, Groussac, etc.–, para la época en que escribía Ingenieros, la mayoría de sus redactores y de sus colaboradores eran inmigrantes o sus hijos, argentinos de primera generación. Entre ellos se destacaba un grupo de origen italiano, en relación directamente proporcional al peso que adquirió esta comunidad en la Buenos Aires de la época, como Osvaldo Magnasco, Antonio Ghirardo, José Ceppi o el autor que nos ocupa, que todavía firmaba con su apellido italiano: Ingegneros (Mogillansky 98).

Por ese entonces, era usual que sus números constasen de dieciséis páginas, medida que a veces se reducía a doce o se extendía hasta veinte. Sólo en ocasiones destacadas, como fechas patrias u otras ocasiones especiales, agregaba un suplemento ilustrado que concedía lugar preeminente a la fotografía, un recurso tecnológico que ya estaba presente en las secciones habituales del diario, aunque en menor grado. Los números, en formato sábana, se iniciaban, en lo que concierne al contenido, con anuncios de empleos pedidos y ofrecidos,

³ Para más detalles sobre este viaje y las crónicas, véase Fernández, y el capítulo “Europa y los límites de lo posible” en el libro de Plotkin (113-140).

propiedades en alquiler y otros avisos. Luego estaban las crónicas firmadas por los autores que el matutino comisionaba, como era el caso de Ingenieros, generalmente en las páginas tres, cuatro o cinco, que eran seguidas por la sección “Telegramas (de nuestros corresponsales)”, los cuales ofrecían un panorama de la actualidad nacional e internacional. El diario retomaba, en las páginas restantes, el tema comercial y publicitario: ofertas de propiedades, campos, subastas de ganado y otras informaciones relacionadas con el mundo agropecuario, liquidaciones de tiendas de ropa, avisos publicitarios de tónicos para el cabello o los nervios, productos de belleza, medicinas, etc.⁴

La sección de crónicas estaba dividida en dos partes bien diferenciadas: en primer término, aparecía la crónica de autor, firmada y encabezada como una carta al director del diario, y luego, generalmente bajo el subtítulo de “Crónica general”, se encontraban noticias más amplias que los telegramas, pero sin firma y orientadas a temas de actualidad, que en esos años eran, prioritariamente, la guerra ruso-japonesa, epidemias varias, terremotos, detalles de los progresos materiales en distintas zonas del país, la muerte del general Mitre y la colecta pública organizada para erigirle un monumento, las sesiones de las cámaras legislativas, etc. La ciudad de La Plata tenía un corresponsal permanente, que aportaba noticias sobre el devenir político y universitario. En verano eran infaltables las novedades sociales que llegaban desde la ciudad de Mar del Plata. Evidentemente, la crónica de autor, al estar situada en la zona más informativa del diario, colaboraba con la búsqueda del efecto de referencialidad y actualidad propio de su dimensión más periodística. Aunque, tal como señala Susana Rotker siguiendo a François Perus, los cronistas de la época buscaron diferenciarse de los *reporters* adoptando el modelo de los *croniqueurs*, es decir, hicieron lo posible por emplear un estilo heredado de la prensa de carácter doctrinal, de estilo francés, dirigida a un público más selecto, en lugar de centrarse en la noticia y la sensación, propias del *reporter* al estilo norteamericano (111n31). Obviamente, la fecha de redacción de las crónicas no coincidía con la de publicación, por las demoras propias del sistema de correo de la época. Resulta ostensible cómo los ritmos de las comunicaciones transatlánticas pautaban la publicación de las crónicas, porque alternan períodos en los que las “correspondencias” de Ingenieros están ausentes y otros caracterizados por una secuencia de sus crónicas con intervalos semanales o de pocos días. Por otra parte, los límites de espacio impuestos a este tipo de textos en el diario debieron influir en la selección y reorganización del material a publicar, como se puede apreciar cuando se cotejan las crónicas en las páginas del diario y su versión en los libros posteriores. En efecto, no es un asunto sencillo la fijación del corpus de crónicas de viaje de

⁴ La presencia de avisos encuadrando las noticias, crónicas y otros tipos de textos como el folletín, en *La Nación* de 1905-1906 (período que relevamos), pone en evidencia el peso asignado por el periódico a la dimensión económica, que con el tiempo cedió el lugar de portada a otro tipo de información. Claramente, el diario se proponía como un agente eficaz en el mundo de los negocios. Aunque referidas a otros periódicos y de época posterior, parecen pertinentes las palabras de José Luis Petris: “los avisos presentes en sus portadas parecen colaborar a construir la credibilidad de estos [diarios] como agentes útiles en el campo de los negocios” (40).

Ingenieros. Las incluidas en los libros *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*,⁵ *Al margen de la ciencia*,⁶ *Crónicas de viaje (1905-1906)*⁷ o en las *Obras completas*, no coinciden entre sí ni con las editadas originalmente en el diario. Además de reescrituras parciales, Ingenieros agregaba o quitaba textos en cada edición, un hábito que, por cierto, es recurrente en toda su producción.⁸ Nos interesan, en esta ocasión, tres de las crónicas publicadas en *La Nación* que no aparecen en ninguno de los libros posteriores. Son las siguientes:

- “La tuberculosis. El congreso de París. Un anticipo de los temas más importantes. Notas rápidas”, *La Nación*, domingo, 5.XI.1905, página 4, columnas 5, 6 y 7, página 5, columna 1.
- “La crisis del socialismo en Italia. La conspiración de los revolucionarios. Opiniones de Ferri y Turati”, *La Nación*, sábado 21.IV.1906, página 4, columnas 5, 6 y 7.
- “La transmisión del pensamiento. Fenómenos de percepción a distancia. El espiritismo y lo desconocido”, *La Nación*, jueves 31.VIII.1906, página 5, columnas 4, 5 y 6.

La ciencia como espectáculo

En su apreciación sobre el libro de crónicas darianas *España contemporánea*, Emilia Pardo Bazán valoraba positivamente la decisión de haberlas recopilado en un volumen porque eso permitía leerlas en serie, como parte de un programa mayor, así como rescatarlas de la condición efímera de la prensa periódica:

Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos en él, con interés sumo, una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto e insaciado, porque no volvemos nunca a encontrar ocasión de echar la vista encima a las crónicas restantes! (ctd por Darío 273)⁹

⁵ Publicado en Valencia por Sempere, 1906, con reedición en 1908.

⁶ Publicado en Buenos Aires en 1908 por Lajouane y, con variaciones, en Valencia / Madrid por Sempere en 1909.

⁷ Considerada la sexta edición de las crónicas, y definitiva, salió en 1919 en Buenos Aires, por los Talleres gráficos de L. Rosso. Hay reediciones de 1951 (Ramón Roggero) y, en el marco de sendas obras completas, de 1957 (Elmer) y 1962 (Mar Océano).

⁸ Al prologar el tomo correspondiente a sus obras filosóficas, Gregorio Weinberg advertía “la falta de un estudio crítico que analice en todos sus detalles las variantes de los textos de Ingenieros, sometidos siempre a reelaboración y ajuste” (7). Para un cotejo de las crónicas del diario con las primeras ediciones en forma de libro, véase *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires (1905-1906)* y para un índice de los volúmenes u otras publicaciones periódicas donde se las puede encontrar, remitimos a Fernández (11-42).

⁹ Este texto de Emilia Pardo Bazán fue publicado originalmente con el título de “Embajadas - Un libro argentino - Núñez de Arce” (*La Ilustración Artística*, 1 abr. 1901) y recogido como apéndice con el título “Un libro de Rubén Darío sobre España” en Darío (273-276).

Es evidente que al recopilar las suyas en libros, aunque las ediciones divergieron entre sí, Ingenieros también respondía a un plan de preservación y, por qué no, de construcción de su figura autoral. Aunque él afirmaría, con el tiempo, que el rescate de esas crónicas no tenía más que un sentido “autobiográfico”,¹⁰ es evidente que respondía a un proyecto en relación con la construcción de su “obra”. Como bien advierten Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “la seriedad y contracción con que [Ingenieros] encara su trabajo intelectual son aspectos de una ideología profesionalista” que responde a la presencia de un “proyecto”, es más: “planea su vida como la de un hombre que ha puesto su eje principal en el trabajo de escritor” (*Ensayos argentinos* 181).¹¹ A ello se suma una erudición producto de lecturas sistemáticas y su conciencia formal, que lo llevaba a corregir y reescribir incluso sobre las pruebas de imprenta y en cada reedición de sus textos.¹² Por si fuera poco, es el propio Ingenieros, en uno de los prólogos para sus compilaciones de crónicas, quien habla explícitamente de la “recompensa del escritor” (*Al margen* 9).¹³

Pero lo que resulta de interés en nuestra actual discusión es el paso o, en este caso, el no paso de las páginas del periódico al libro. La relevancia de la escritura en la prensa en la constitución de lo que luego se consolida como la “obra” de un autor ha sido destacada no sólo por la crítica académica sobre la crónica, especialmente modernista, sino que ya en esos tiempos, una figura como Aníbal Latino –seudónimo de José Ceppi, quien llegó a ser subdirector de *La Nación*, donde trabajó hasta 1906–, afirmaba que el periodismo era fundamental

¹⁰ En la “Advertencia de la 6ª edición”, fechada en Buenos Aires en 1919, cuando el libro ya llevaba el título de *Crónicas de viaje (1905-1906)*, Ingenieros justificaba la inclusión de estos escritos en sus obras completas diciendo que “no tengo el valor de excluirlo en la reimpresión de mis obras. Le encuentro un sentido autobiográfico; y tal vez no tenga ningún otro” (*Crónicas* 8, “Crónicas” 81).

¹¹ Situación que es posible, a juicio de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, cuando existe, aunque sea en una fase emergente, un campo intelectual. Ello torna posible y pensable la actividad intelectual o literaria ideada como programa de vida, en cuya formulación el escritor no reconoce otra autoridad que la de sus propias decisiones y elecciones (*Ensayos argentinos* 182).

¹² Según Sergio Bagú, poco antes de morir y en una conversación privada, Rubén Darío recordaba a su entrañable amigo Ingenieros con estas palabras: “Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que descuidan su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño hacer letras, es un escritor maravilloso. Su elogio a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor” (181). En consonancia con esto, su amigo Roberto Giusti destacaba la minuciosidad con que Ingenieros corregía sus manuscritos, sobre todo en la edad madura, lo cual es fácil de asociar con el “pule y labra” a que hacía referencia Darío, pero también con una marcada autoexigencia en relación con el estilo. Véase Giusti, especialmente los artículos “José Ingenieros” (107-111) y “Cómo murió Ingenieros” (125-130). Tiempo después, un crítico como Max Henríquez Ureña incluía a Ingenieros entre los autores del modernismo hispanoamericano, precisamente, por haber publicado estas crónicas de viaje (200). Incluso en palabras de uno de sus detractores, era ostensible la relación entre la retórica modernista y la escritura de Ingenieros. Así, leemos en páginas de Ernesto Battistella que nuestro autor “le proporcionaba conchabo a todas las palabras del diccionario”, de lo cual resulta culpable, en definitiva, el gran poeta nicaragüense: “el verdadero y famoso padre de esa relajación fue Rubén Darío” (57).

¹³ Nos remitimos a la edición de 1908. No podemos ahondar ahora en todas las variables de las ediciones y sus prólogos, trabajo que, de cualquier modo, ya está realizado en Fernández, especialmente en el capítulo “Prólogos, discursos y homenajes” (43-56).

en la historia literaria moderna, tanto por los autores que daba a conocer como porque, en sus orígenes, el estilo literario y el informativo estaban entremezclados (153-161).

De lo dicho arriba se infiere que las operaciones de selección y armado de cada uno de los volúmenes de crónicas de Ingenieros fueron resultantes de un ejercicio autoral muy consciente –distinto, por ejemplo, del caso de las compilaciones de crónicas cuya organización en volumen Rubén Darío delegaba en otros– y, en consecuencia, resulta de interés preguntarse por las razones del olvido o abandono de los textos que fueron desestimados a la hora de conformar esos volúmenes. Por supuesto, no podemos indagar en las pretensiones del autor biográfico al hacerlo, pero sí, al menos, detectar algunos rasgos de esos textos que podrían tornarlos inadecuados para vincularlos a ese campo de enunciados que compartía, para decirlo en términos foucaultianos, el atributo de la “función-autor José Ingenieros”.¹⁴

La exclusión de los textos que nos ocupan de las ediciones en formato de libro no es, por tanto, accidental. Veamos el primero de ellos, la crónica: “La tuberculosis: El congreso de París. Un anticipo de los temas más importantes. Notas rápidas”. Fechada en París el 30 de septiembre de 1905, recién saldría en el diario en noviembre. En ella, Ingenieros adelantaba los preparativos de una exposición sobre la tuberculosis que iba a tener lugar próximamente, así como “las conclusiones de los principales informes que comenzarán a leerse el lunes próximo en el congreso internacional de la tuberculosis” (167).¹⁵ Aseguraba poder hacer eso gracias a un colega médico francés y, al mejor estilo de un *reporter*, se congratulaba de poder “anticipar a los lectores de *La Nación*” (167) las comunicaciones que se leerían en el mencionado congreso. La primicia periodística y la información científica se expresan en este texto mediante una retórica preciosista, empleada para describir la sala de exposiciones donde tendrían lugar las actividades del congreso. Aunque el tema podría parecer poco propicio para la estetización, nuestro autor consigue recrear para los lectores del periódico los preparativos de la exposición, evento característico de la modernidad, así como escenificar su saber científico y elaborar una descripción digna de un cronista-escritor:

La ornamentación del Grand Palais será extraordinariamente lujosa. Pero los congresistas encontrarán sus mayores atractivos en la planta baja, donde se instalará la ‘Exposición internacional de la tuberculosis’. [...] Es curioso el empeño artístico que muchos médicos ponen en la preparación de las

¹⁴ “la función-autor está ligada al sistema jurídico e institucional que circunscribe, determina, articula el universo de los discursos; no se ejerce uniformemente y de la misma manera en todos los discursos, en todas las épocas y en todas las formas de civilización; no es definida por la atribución espontánea de un discurso a su productor, sino por una serie de operaciones específicas y complejas; no remite pura y simplemente a un individuo real, puede dar lugar simultáneamente a varios ego, a varias posiciones-sujeto que diferentes clases de individuos pueden llegar a ocupar” (Foucault 30).

¹⁵ Todas las citas de las crónicas en *La Nación* corresponden al libro *Las crónicas de José Ingenieros en “La Nación” de Buenos Aires (1905-1906)*, editado por Cristina Beatriz Fernández.

piezas anatómicas; la elegancia cruel y el chic más siniestro han sido puestos al servicio de la ciencia. Dentro del alcohol hay carnes hermosas como terciopelo, huesos pulidos como nácares cariados, redes finísimas de nervios como telarañas; algunas piezas parecen orfebrerías elaboradas con tejidos muertos, bordados, mosaicos, esculturas. Esta fase artística de la anatomía patológica, felina aplicación de la estética al manejo de la carne enferma, evoca lejanas reminiscencias, de necrofilia y de sadismo. Hermosa página podría escribir ante esta exposición el alma tierna y mustia de algún compungido Veresaieff. (167-168)¹⁶

La retórica a la que recurre para describir la materialidad de los órganos enfermos estiliza el discurso cronístico diferenciándolo del de un simple *reporter*. Nuestro médico cronista parece ceder terreno ante la sensibilidad de cuño romántico-modernista, cuando reflexiona acerca de la propedéutica promocionada en el congreso por diversos sanatorios europeos:

Un artista refinado podría preguntarse si el mundo será más bello cuando no existan Mimí Pinsón o Margarita Gauthier, flores enfermas de melancolía y romanticismo; pero entre los inscriptos en el congreso no figura ningún Dumas, y si algún Mürger hubiera deseado inscribirse habría retrocedido ante la cuota de 25 francos. (168)

Es inevitable, tras la lectura de este fragmento, insertar a Ingenieros en la tradición literaria que había hecho de la tuberculosis la enfermedad romántica por excelencia (Sontag 27, 35). Pero también, la mención a los “25 francos” inscribe a la ciencia y sus avances en la mecánica de la mercantilización, así como enlaza la enfermedad con las condiciones de vida económicas: “en las sociedades que viven en pleno capitalismo industrial, la tuberculosis es una consecuencia de la situación económica del individuo” (173). Es por ello que destaca facetas de la exposición como las siguientes:

Una sala, entre todas, llamará la atención de los visitantes. Se ven en ella dos viviendas, la una junto a la otra. La primera es una celda de la prisión de Fresnes-les-Rungis; la segunda es una habitación para sirvientes en un palacio aristocrático de los Campos Elíseos. El contraste es absoluto; jamás hemos visto más enérgica propaganda en favor de la delincuencia. El pobre

¹⁶ Se trata del doctor Vikentij Vikent'evič Veressaieff (también escrito Veresaev, 1867-1945), autor de las *Memoires d'un médecin*, publicadas en 1900 y, en traducción francesa, en 1902. A juzgar por lo que decía el autor en el prefacio escrito para la segunda edición rusa de su libro, éste había desatado cierta indignación por revelar los aspectos menos altruistas de la profesión médica. Véase especialmente “Avant-propos de l'auteur” (Veressaieff xvii-xxiv). La polémica generada por el libro es recogida, en parte, en la reseña publicada en la sección “Revue des livres” de *La Revue socialiste*: “A leur apparition en Russie, il y a quelques mois, les Mémoires du docteur Veressaieff déconcertèrent et irritèrent le monde des médecins. Les révélations de l'auteur sur les vices de la médecine parurent une condamnation de la médecine même” (E. N. 631).

vive peor que el criminal, un siglo después de la Revolución francesa, los Derechos del hombre, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. (168)

Por ello, recomienda la profilaxis social, la prevención familiar y escolar de la enfermedad, y concluye, con un pesimismo donde resuenan ecos de un célebre volumen de Max Nordau,¹⁷ con una suerte de profecía sobre el escaso impacto que tendría el congreso en generar los cambios sociales que realmente se necesitaban:

El congreso terminará anunciando por milésima vez que la tuberculosis es una enfermedad curable, mentira convencional que no influirá gran cosa sobre las estadísticas de defunciones por esa causa. Es indudable que ningún congresista se atreverá a proponer un voto en estos o parecidos términos:

[...] La curabilidad de la tuberculosis está en razón inversa de la ignorancia y la miseria.

[...] En el porvenir, si fuera posible difundir la solidaridad social en tan vastas proporciones como los higienistas y sociólogos desean, la tuberculosis será una enfermedad curable para un número de individuos cada vez mayor.

Sería decir la verdad. Por eso no la dirá el congreso. Un hombre solo puede atreverse, [pero] siete mil reunidos pierden el talento y el valor moral. Los sabios no están excluidos de la psicología del rebaño. (174)

Por un lado, el joven Ingenieros asocia la “masividad” de este congreso, evidenciada en sus “siete mil adherentes”, con la actitud conservadora propia de los “hombres mediocres”, a los cuales les dedicaría un célebre libro años después. Pero por otro, hay que considerar que en esa época la concepción de la tuberculosis como enfermedad social era una constante: “La tuberculosis reunía los requisitos exigibles para tal definición y salvo matices que fueron más evidentes a la hora de proponer soluciones, todos reconocían en las causas, ‘algo más’ que la sola existencia de un germen patógeno” (Molero Mesa 192). Nuestro cronista no era el único en conceder a la “mala habitación” el primer lugar en orden de importancia en la etiología de esta enfermedad: hubo quienes afirmaban que las condiciones de la vivienda eran más importantes que una alimentación deficiente; por ejemplo, J. de Bustos y Miguel en su *Etiología de la tisis pulmonar*, publicada en 1900, señalaba que “los mendigos, a pesar de su defectuosa ingesta, padecen menos el mal, por andar mucho al aire libre” (ctd por Molero Mesa 204-205).

Por otro lado, el cronista emplea una retórica descriptiva que alardea del preciosismo tan caro a cierta veta del modernismo, y la articula con la “primicia” periodística: recordemos que Ingenieros adelantaba a los lectores del periódico porteño lo que se iba a tratar en un congreso científico que todavía no había tenido lugar, congreso que incluía una exposición anexa. Sin embargo, podría conjeturarse que ese “anticipo” que ofrecía Ingenieros –presentado así desde los

¹⁷ Nos referimos, obviamente, a *Las mentiras convencionales de la civilización* (1883).

subtítulos de la crónica– y que había aprovechado para sentar su perspectiva acerca de la enfermedad, mucho más dependiente de las variables socio-económicas que de las fisiológicas, podría haber resultado muy cuestionable a medida que pasaba el tiempo y que los avances científicos en el camino iniciado por Robert Koch iban llegando a buen puerto: en efecto, mientras Ingenieros afirmaba, en esa crónica, que “la investigación del bacilo de Koch en los esputos no es más que un peor es nada, pues resulta relativamente tardía” (169), dos meses después de fechada la crónica, en diciembre de ese mismo año de 1905, el mismo Robert Koch leía en Estocolmo su discurso en ocasión de recibir el Premio Nobel de Medicina, precisamente por sus avances en la detección de la tuberculosis y resultaba, así, mundialmente reconocido como una figura fundacional de la bacteriología. Huelga decir que a medida que pasasen los años, y con los avances en la vacunación, la negativa de Ingenieros a reconocer que la tuberculosis podía curarse, su contundente afirmación de que considerarla una “enfermedad curable” no era más que una “mentira convencional”, resultaría un vaticinio totalmente errado. Otro aspecto de esta crónica que podría justificar su paulatino olvido es que, si bien no es la única en *La Nación* que versaba sobre asuntos científicos, no estaba orientada a exhibir la actuación del mismo Ingenieros, como sí ocurría con otras de sus crónicas redactadas a partir de eventos académicos.¹⁸ Esto, incluso, le podía restar ese valor “autobiográfico” que nuestro autor asignaba a sus “correspondencias” de viaje.

Política y sociabilidad

Pasemos ahora a la crónica titulada “La crisis del socialismo en Italia”, que lleva estas líneas aclaratorias en su bajada: “La conspiración de los revolucionarios. Opiniones de Ferri y Turati”. Fechada en Roma en marzo de 1906, salió en *La Nación* al mes siguiente. Como todas las crónicas, se inicia con el encabezado epistolar “Señor director de *La Nación*”, rasgo que desaparece en las antologías publicadas como libros. En ella, Ingenieros exhibe discusiones internas del partido socialista italiano y se jacta de haber vaticinado los eventos que, a su juicio, el tiempo había confirmado:

No era menester mucho talento profético para anticipar a los lectores de *La Nación* un pronóstico sobre los rumbos que tomaría el movimiento socialista en Italia. Han bastado ocho meses para que los hechos vinieran a corroborarlo; esto vale más que la docena de artículos insolentes con que las gacetillas de Labriola, Mocchi y Ca. nos honraron por aquel entonces, agriados de que un aficionado extranjero se permitiera decir toda la verdad que los revolucionarios pretendían cubrir con la audacia de sus discursos ambiguos. (227)

¹⁸ Nos referimos específicamente a las siguientes: “Un cónclave de psicólogos”, Viernes, 2.VI.1905, página 4, columnas 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7; “Lombroso y los hombres pobres”, Sábado, 1.VII. 1905, página 4, columnas 3 y 4; “Últimas notas de un congreso. Caracteres de las pasiones. Sabios y estudiosos. Los órganos de la inteligencia. Fantasías del magnetismo”, Martes, 4.VII.1905, página 3, columnas 4, 5, 6 y 7.

A continuación, Ingenieros explica lo que había pasado, que podemos resumir así: Enrico Ferri había conseguido liderar el partido y controlar su periódico oficial “mediante concesiones demasiado complacientes a los anarquistas disfrazados de revolucionarios sindicalistas” (227), un pacto que finalmente lo debilitaría, por el poder concedido a esos mencionados “anarquistas disfrazados”, que respondían a una línea interna liderada por Arturo Labriola. Para vencer a Filippo Turati, a quien Ingenieros consideraba “netamente socialista”, Ferri había pactado con el ala anarquista y se enfrentaba a la propuesta reformista de Turati, “pero no pensó que tejía las redes en cuyas mallas debía ser cogido él mismo” (227). Al apoyar en el parlamento el programa reformista propuesto por el gabinete de Sidney Sonnino, Ferri había quedado del lado de Turati, e inmediatamente había sido desacreditado por sus socios, “los anarquistas, acaudillados por Labriola y Mocchi” quienes “Tenían en sus manos el comité directivo del partido y el periódico *La Vanguardia*” (228). Ingenieros transcribía –traducidos, huelga decir– fragmentos de las páginas de ese periódico partidario, donde se denunciaba “el tráfico indecente e indigno que los diputados están haciendo con su medallita; para bautizar su conducta sólo encontramos la palabra de Marx: el cretinismo parlamentario” (228). Apoyado en una evaluación estilística, que desaprobaba la virulencia del estilo empleado, Ingenieros justificaba, nuevamente, su identificación inicial del ala radicalizada del partido socialista italiano con los anarquistas: “Estos párrafos no los escribió Ravachol, sino Arturo Labriola”. Aunque la posición de Ingenieros está más que clara desde el inicio, y sentencia que “Ferri lo tiene bien ganado; son los gajes de su política epicena”, procura mostrarse como un cronista ecuaníme cuando propone “oír todas las campanas” (229) y repasa las opiniones de otros personajes del momento al respecto de estos acontecimientos. Una ecuanimidad con la que procura construir una etopeya de sí mismo como un sujeto cuya condición moral no desmerezca de las redes de sociabilidad política que exhibe en esta crónica: “A la misma hora en que nuestro compañero de viaje cenaba en el Quirinal con el rey de Italia, nosotros lo hicimos con Turati en una osteria del Aventino; cuando él fue a satisfacer su curiosidad de ver al papa, nosotros nos encaminamos a la redacción del *Avanti!* para escuchar la palabra musical de Enrique Ferri” (230).¹⁹

La mención a esos vínculos de sociabilidad no es gratuita y en ella encuentra cabida, circularmente, el periódico *La Nación*, pues el mismo Enrique Ferri menciona su circulación y lectura: “—Tú has sido el augur malévolos de lo que

¹⁹ Su compañero de viaje no es mencionado explícitamente en las páginas de *La Nación*, pero era de público conocimiento que se trataba del ex presidente Julio Argentino Roca, de quien Ingenieros resultó ser una suerte de secretario semi-oficial en Europa. La revista porteña *Caras y Caretas*, en su número del 8 de abril de 1905, incluye la partida de Ingenieros entre las novedades sociales, con una foto que acompaña el siguiente texto: “A bordo del ‘Sirio’ ausentóse el doctor José Ingegnieros, el joven médico, que en forma tan ejemplar ha sabido destacarse del grupo de hombres de ciencia de su generación. Realizará por Europa un viaje de estudios, asistirá como representante oficial al Congreso de Psicología que debe celebrarse en breve é iniciará en seguida un viaje por Japón, India y Egipto junto con el general Roca que piensa resarcirse ampliamente de su vida de político y gobernante contemplando paisajes nuevos y horizontes desconocidos” (Partida del Dr. Ingegnieros” 29). El viaje por Oriente no tuvo, finalmente, lugar.

ocurre; casi me enojé cuando Lombroso me envió *La Nación* en que hablabas del partido. Pero, como siempre, los de afuera son los únicos que aciertan, pues juzgan más objetivamente que los protagonistas [...]” (230).²⁰ Ante lo cual, el cronista concluye: “Ya que hemos tenido la suerte de acertar una vez, no cometeremos la imprudencia de aventurar nuevas profecías” (231), si bien aprovecha la oportunidad para rescatar las “lecciones” que “el movimiento socialista de Italia” puede brindar al “de todos los países” después de estos eventos. La conclusión de la crónica es favorable a la posición de Turati, porque Ingenieros lo considera capaz de llevar adelante el programa socialista contemporizando con –o incluso integrando– un “gobierno burgués” (232). Un argumento no carente de cierta especularidad con el devenir biográfico de nuestro cronista, porque esa era, precisamente, la perspectiva de nuestro autor respecto del Estado argentino, en cuyos cuadros técnico-profesionales había ingresado y en los que aspiraba a promocionar, legitimado por su saber.²¹

Al igual que ocurre con la crónica sobre la tuberculosis, también encontramos en esta cierto componente circunstancial, más propio de la noticia de actualidad que de un escrito con vocación de permanencia, como lo fueron las rencillas internas en el partido socialista italiano que Ferri y Turati habían protagonizado. Nuevamente, gran parte de la crónica parece estar al servicio de mostrar lo acertado de las predicciones políticas de Ingenieros, las que llama “profecías” sobre el devenir del socialismo italiano, pero, aunque otras crónicas de tema político permanecieron en los libros, eran de tenor algo distinto. “El socialismo en Italia”, que versa sobre el mismo asunto y había sido fechada en junio y publicada en julio, fue incorporada en el libro *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, pero no en *Al margen de la ciencia* ni en las *Obras completas*. Quizás confirmando esta idea de que era más pertinente para las páginas de actualidad de las publicaciones periódicas que de la fijación en el libro, fue incluida en versión

²⁰ Hay una crónica previa sobre el partido en las páginas de *La Nación*: “El socialismo en Italia” (19 jul. 1905) que sí fue recogida en uno de los libros.

²¹ Al decir de Oscar Terán, entre 1898 y 1911 se produce una reubicación de Ingenieros en el campo intelectual argentino debida, en parte, al hecho de que comienza a trabajar en organismos estatales, lo cual promueve un desplazamiento temático en su producción. De la cuestión social pensada al modo socialista y su solución revolucionaria, Ingenieros se vuelca al problema de la nación y es recién ahora, en opinión de Terán, cuando Ingenieros se encuentra con categorías y propuestas ya empleadas por la generación del 80, aunque nunca abandone del todo el ideario socialista. Refuerza este desplazamiento biográfico el impacto del positivismo, que desplaza del artista al científico la función del intelectual capaz de intervenir en la esfera política. Este sujeto intelectual, minoritario, se ubica en un terreno pre político, diferenciado tanto del poder –con el cual se relaciona por el saber–, como de las multitudes y de los intereses creados de la burguesía. Recordemos que poco antes, en 1904, Ingenieros había sido convocado por el ministro Joaquín V. González para asesorarlo en un proyecto de código laboral que estaba elaborando, junto con otras figuras como Leopoldo Lugones, Enrique del Valle Iberlucea, Alfredo Palacios, Augusto Bunge y Manuel Ugarte. De acuerdo con el análisis biográfico de Mariano Plotkin, esta época en la vida de Ingenieros fue, por un lado, un momento de reconocimiento de su prestigio profesional y científico, pues “no fue su capital económico ni social lo que lo llevó al viejo continente” (114), pero, por otro, le mostró “los límites de lo posible” en relación con las estructuras de poder y su inserción en otras esferas sociales. Véase especialmente su capítulo “Europa y los límites de lo posible” (Plotkin 113-139).

ampliada en *La España moderna*.²² Como sea, esta apreciación de los distintos matices del socialismo italiano a partir del cual Ingenieros reflexionaba sobre el camino más adecuado que debería seguir el propio socialismo argentino, se producía en sintonía con un momento determinado de su trayectoria político-intelectual, cuando exhibía sus afinidades con el socialismo reformista de Turati, así como su distanciamiento de las masas populares y su apuesta por una conducción de tintes elitistas dentro del mismo partido (Tarcus 100-101; Taraborelli).

Noticias de lo desconocido

Por último, con fecha en París, julio de 1906, aparece el 31 de agosto la crónica titulada “La transmisión del pensamiento”, que detalla en su bajada: “Fenómenos de percepción a distancia. El espiritismo y lo desconocido”. Comienza con la confesión del cronista de haber cometido un error que, como “hombre de ciencia”, reconoce abiertamente. Ese error había consistido en la presentación, años antes, de una proposición accesoria de su tesis universitaria en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, “fundándonos en experiencias realizadas en condiciones científicamente desfavorables”, en la que sostenía que “la transmisión del pensamiento a distancia era demostrable experimentalmente”, hipótesis que “ensayos ulteriores” en el hospital San Roque²³ habían demostrado inválida (287). El viaje a Europa tuvo también una dimensión de intercambio profesional, y eso le había permitido replicar las experiencias “en uno de los laboratorios de la Universidad de Florencia y en la clínica de enfermedades nerviosas de la Salpetrière”, pero en todos los casos fracasó el intento de producir una “sugestión mental directa o transmisión del pensamiento” (287). Dado que, según dice, los colegas que decían haberlo logrado no eran capaces de repetir el experimento en presencia de otros pares, concluye en que “El hecho seguro es que hasta hoy no ha podido probarse que el pensamiento humano sea transmisible a distancia” y la misma conclusión extiende a otros “fenómenos que suelen describirse con el nombre de extraordinarios o sobrenaturales: telepatía, mediumnidad, apariciones de fantasmas, sueños proféticos, etc. Nada hemos encontrado que resista a una crítica científica severa [...]” (288). Para los fenómenos que sí resultan explicables a partir de “la sugestión del experimentador sobre el sujeto y la exagerada agudez de los sentidos”, remite a su propio libro sobre los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas²⁴ y narra una serie de casos clínicos que tuvo ocasión de observar “en la clínica de nuestro colega Paul Sollier, en presencia de los doctores Boissier, Courtier y Duhem” y que “han sido objeto de una comunicación científica al Instituto General Psicológico de París” (288). El episodio central era el de un

²² Véase Ingenieros, “La evolución del socialismo en Italia” (70-103).

²³ Hoy conocido como Hospital General de Agudos Dr. José María Ramos Mejía, en la ciudad de Buenos Aires.

²⁴ *Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas* se publicó en 1904, por la imprenta de “La Semana médica” en Buenos Aires. Durante el viaje a Europa, Ingenieros preparó una segunda edición, que salió en Sempere en 1906, bajo el título con el que hoy se conoce a este libro: *Histeria y sugestión*.

paciente “muy hipnotizable” que percibía el gesto con el que el médico lo llamaba, aunque este último se encontrase en otra habitación. Para el médico-cronista era un caso de “percepción a distancia”, donde la “extraordinaria sensibilidad” del sujeto de experimentación percibía alguna clase de vibración que acompañaba al movimiento del gesto, algo que, opina, debería ser estudiado en el ámbito de la física pero que de ningún modo avalaba la hipótesis de la “transmisión del pensamiento” o “telepatía” (290). El hecho de que quedasen cosas sin explicar, no lo autorizaba a refrendar hipótesis que cayesen fuera de las leyes de la naturaleza:

Los hombres de ciencia no niegan la existencia de muchos fenómenos anormales, cuya causalidad aún no está bien determinada; lejos de negarlos, los buscan y los estudian para precisar las condiciones en que se producen. [...] Quedan algunos hechos no explicados todavía como los que acabamos de referir; para su interpretación bastaría demostrar que en el organismo humano existen modos de sensibilidad y de energía no conocidos aún, cuyo estudio se ha comenzado ya con éxito halagador. (291)

Ingenieros, que con anterioridad había manifestado curiosidad, como él mismo afirma, por esta clase de fenómenos, detentaba por entonces la clase de escepticismo que se puede percibir en algunos pasajes de *Histeria y sugestión*. Por ejemplo, en el subtítulo “Estados afines al hipnotismo; sus relaciones con la histeria”, se incluyó una extensa nota a partir de la segunda edición (1906), que contiene afirmaciones notablemente similares a pasajes de esta crónica, como la siguiente:

Nadie niega la existencia de fenómenos anormales (algunos los llaman extranormales) en los sujetos llamados médiums; esos fenómenos suelen producirse gracias a la presencia del médium y de los experimentadores. Las personas que tienen conocimientos especiales sobre la fisiología y la psicología del sistema nervioso, saben que los médiums suelen ser sujetos histéricos o simples sugestionados; los actuales conocimientos clínicos y experimentales permiten explicar la mayor parte de esos fenómenos, su casi totalidad. Quedan algunos hechos no explicados todavía; para su interpretación bastaría admitir que en el organismo humano existen modos de sensibilidad y de movimiento mal conocidos aún, pero cuya existencia comienza a demostrarse. (161)

Ese mismo libro concluye con la recomendación de someter los hechos clínicos “a un severo contralor científico efectuando las observaciones personales bajo un prudente escepticismo, sin resbalar por el sendero de la credulidad optimista” (166). Por supuesto, no hay que olvidar que en el período en que Ingenieros escribe el afán de explorar en términos científicos los fenómenos paranormales no era inusual, siguiendo un proceso que se había iniciado en la segunda mitad del siglo XIX y que se desarrollaría con fuerza, al menos, hasta la Primera Guerra Mundial.

Por ejemplo, paralelamente a la Exposición Universal de 1888, se había desarrollado en Barcelona el Primer Congreso Internacional Espiritista que, a pesar de varios detractores, fue considerado por muchos como una conferencia de tenor científico.²⁵

En este caso, el hecho de que la crónica no aparezca en las ediciones en libros, muy posiblemente se deba al paulatino alejamiento de Ingenieros de esta clase de exploraciones. Otro dato que se suma a esta posible explicación es que en la serie de crónicas sobre el congreso que motivó su viaje a Europa, la tercera, titulada: “Últimas notas de un congreso: Caracteres de las pasiones. Sabios y estudiosos. Los órganos de la inteligencia. Fantasías del magnetismo”, fechada en Roma en mayo de 1905 y publicada el 4 de julio del mismo año, hay una desaparición progresiva de los temas sobrenaturales o paranormales en las distintas ediciones en volumen. Efectivamente, en el libro *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, esta misma crónica se desdobra en dos: “Psicología introspectiva y psicología experimental” y “El limbo de lo sobrenatural”, dedicado a los sonados debates en torno del ocultismo y del espiritismo que habían agitado el Congreso de Psicología y en la cual se remite, circularmente, a una polémica que había tenido lugar en las páginas de *La Nación* años antes, pero cuando se publica *Al margen de la ciencia* en 1908, la reseña de esos debates ya no se incluye.²⁶ El distanciamiento respecto de los fenómenos paranormales, al menos respecto de aquellos que no puede explicar en términos científicos, se hace evidente en esa misma crónica, “Últimas notas de un congreso”, cuando alude a “las fantasías de Flammarion”. En la edición de *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, de 1906, agrega un comentario acerca de la “chanza” que le había jugado al “ingenuo Flammarion”, a quien le había enviado “dos relatos realmente extraordinarios de apariciones de difuntos a distancia, pocos momentos después de la muerte” que

²⁵ Para una revisión de este evento y su significado véase Balltandre y Graus.

²⁶ Las tres crónicas concernientes al Congreso de psicología, ya mencionadas, aparecen distribuidas de modo diferente en cada libro. En *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*, tenemos cuatro crónicas: “Un cónclave de psicólogos”, “Lombroso y los hombres pobres”, “Psicología introspectiva y psicología experimental” y “El limbo de lo sobrenatural”. En *Al margen de la ciencia*, edición de Buenos Aires de 1908, están todas reunidas bajo el título “Un cónclave de psicólogos”. En la edición incluida en el tomo VIII de las *Obras completas*, conforman la sección III, “Los psicólogos y la psicología” y están subdivididas en siete subtítulos o apartados: “Un cónclave de psicólogos”, “Corrientes generales”, “Problemas fisiológicos y experimentales”, “Reviviscencias filosóficas”, “La psicología patológica”, “Psicología jurídico social” e “Impresión de conjunto”. En los *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*, aparece como “El V Congreso Internacional de Psicología”. En *Al margen de la ciencia*, edición española de 1909, no están. En cuanto a la polémica en las páginas de *La Nación* una década antes, se desató en un contexto en el cual “la irrupción del campo del hipnotismo, con su cortejo de extraños fenómenos nerviosos y corporales, fue uno de los factores que transformó a la telepatía en un objeto legítimo de discusión y estudio” (Vallejo 98) y el disparador fue la presencia en Buenos Aires de un artista que protagonizaba exhibiciones de telepatía llamado Onofroff. Las opiniones en la prensa sobre este personaje y sus capacidades telepáticas se dividieron entre crédulos y detractores, pero lo interesante es señalar que en ellas tomaron parte médicos prestigiosos como Domingo Cabred, Antonio Piñero o José María Ramos Mejía, y no solamente personas adeptas al espiritismo. También cabe aclarar que en la crónica “Últimas notas de un congreso”, que venimos comentando, Ingenieros declaraba haber intentado visitar a la célebre médium Eusapia Palladino, sin lograrlo. Para una historización de la relación de Palladino con la exploración científica preocupada por determinar los límites de la mente, es útil consultar a Graus.

resultaron lo suficientemente atractivos para que “el empedernido espiritista” los incluyese “en su libro *Lo desconocido y los problemas psíquicos*, ensalada de otras historias semejantes, que circula como bíblico evangelio entre los espiritistas subalternos” (70-71). Es importante notar que esta mención a los espiritistas “subalternos” no implica una denigración del estudio científico del espiritismo en términos generales sino su convicción de que no era pasible de una comprensión adecuada por parte de lectores populares que, a su juicio, no eran enteramente capaces de discriminar entre lo científicamente probado y lo que no lo estaba. En el mismo pasaje de *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte* advierte que libros como el ya mencionado de Flammarion “son el corrosivo de la ingenua imaginación popular; demasiado popular para que tengan relación alguna con la ciencia” (71). Nos encontramos, en consecuencia, ante una segmentación de los públicos deseables para la exposición seria de esos temas que, andando el tiempo, nuestro autor profundizaría.²⁷

También hay otro ángulo, relativo a la disposición del texto, que es de interés considerar: en la narración de los eventos que tuvo ocasión de presenciar en el hospital francés, la organización de la materia responde a un género muy peculiar y presente en gran parte de la producción de Ingenieros, el caso clínico. No es de extrañar, entonces, que información como la compartida en esta crónica resultase más pertinente para ingresar en libros como *Histeria y sugestión* que en una antología de notas de viaje. Y aquí hay un punto sobre la “hibridez” del género cronístico que nos interesa recuperar. Se ha señalado que “la crónica, como lo ha sido también el ensayo, ha sido un género fundamental para la transmisión y circulación de conocimiento” (Darrigrandi y Diz 178), aunque, “a diferencia del ensayo, no siempre presenta una veta argumentativa” (Darrigrandi 131). Ya en un estudio clásico sobre el tema como el que le dedica Aníbal González, se advertía que la crónica compartía con el artículo de costumbres el hecho de basar su escritura en la epistemología derivada del empirismo inglés y del Ensayo sobre el entendimiento humano de John Locke, según el cual la mente sólo recibe informes del mundo exterior a través de los sentidos, principalmente el de la vista. El costumbrismo romántico, en Inglaterra, Francia y España, había sido “uno de los primeros acercamientos entre la naciente institución de la literatura y el discurso de las ciencias naturales”, un intento de síntesis que se manifestó, precisamente, en las páginas de los diarios, sostenido en el interés del periodismo por recopilar y diseminar informaciones verídicas (González 65-67), lo cual convierte también a la crónica en un espacio favorable para incrementar la publicidad de ese conocimiento científico moderno que, al menos desde la Ilustración, se había intensificado en las comunidades discursivas de habla española (Nieto-Galán 73-74).

²⁷ Sobre la estratificación e intersecciones entre los distintos “públicos” a los cuales se destinan los textos que comunican saberes científicos, tema sobre el cual Ingenieros parece estar reflexionando aquí, remitimos a Nieto-Galán. Este autor advierte, por ejemplo, sobre la relación entre profesionalización del quehacer científico y la reformulación de los límites tanto respecto de los enunciadores como de los públicos posibles para la divulgación de las ciencias, un proceso en el cual los periódicos jugaron un rol central (63-65).

Tenemos, por una parte, que la propensión científicista es un rasgo de modernidad. Por otra, que la crónica fue “el género más moderno que cultivaron los modernistas”, porque “es en ella donde encontramos delineada con mayor nitidez la problemática filosófica de la temporalidad que es típica de la modernidad y que hace suya el modernismo” (González 63). Ese aspecto de la crónica lo diferencia del cuadro de costumbres, porque éste último ofrece “*cuadros* sin densidad temporal” mientras que la crónica “subdivide la progresión temporal en una multitud de instantes discretos, en una pululación de eventos que es necesario historiar, fijar dentro de una trama que es a la vez temporal y narrativa” (González 68,73). Esa dimensión, tan moderna, de registro minucioso del devenir temporal se añade al requisito de insertarse en el campo de los discursos de verdad, faceta que la vincula al periodismo, pero también, insistimos, a la mirada científica, incrementada cuando el sujeto cronista se define como tal, algo explícito en el caso de Ingenieros.

A modo de conclusión

En las páginas precedentes hemos analizado tres crónicas que, por diversos motivos, no fueron recogidas en los volúmenes antológicos que con atenta preocupación autoral compiló el propio Ingenieros. En uno de esos volúmenes, *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte* Ingenieros advertía que esas “hojas al pasar” habían sufrido modificaciones desde las páginas del diario a las del libro, “más de estilo que de concepto” y, en un proceso circular, las dedicaba a Emilio Mitre, director del diario (VI). Sin embargo, la exclusión de estas tres crónicas completas indica transformaciones más profundas, sobre cuyos motivos no podemos más que ofrecer las hipótesis que hemos formulado en los párrafos anteriores, pero que indudablemente superan las cuestiones de “estilo”, si se entiende por estilo la forma retórica o la selección lexical. El autor definía estas páginas como “un descanso, un breve paréntesis que el autor intercala en los estudios científicos que le son habituales” (*Italia en la ciencia* VI) y entonces, es muy posible que la exclusión de estos textos respondiese al afán de contribuir a diseñar su autfiguración autoral como un intelectual-científico, en la cual no parecían encuadrar del todo los asuntos paranormales, los conflictos internos del partido socialista italiano o un congreso en el cual no había participado con aportes significativos y en el que hizo predicciones no muy certeras sobre el porvenir de una enfermedad, aunque sí ejerció una de las funciones medulares de la crónica: la denuncia, en este caso, de la comercialización de la ciencia médica, en tanto saber y práctica que evidenciaba como ninguna otra el fenómeno de la mundialización de la cultura y del consumo.²⁸

Si el viajero intelectual es el “escritor que se autorrepresenta como agente de una cultura e interviene como tal en una escena pública exterior” (Colombi 16), también es cierto que esa autorrepresentación, en este caso, tiene lugar en las páginas de un periódico del lugar de partida. En su rol autoral, el cronista-viajero deviene aquí una figura de autoridad, “en sus dos sentidos de sujeto del poder y

²⁸ La función política de la crónica como un arma de denuncia es destacada por Pierini.

de productor de textos" (Palau-Sampio 5). Y como tal, convierte a la crónica, no sólo en una forma estética de la que hace uso para configurar un texto-archivo cultural (Scarano 20) de sus experiencias en las metrópolis de ese momento, sino que también, en su pasaje al libro, busca otra forma de preservación, jerárquica y selectiva de esas "hojas al pasar", que ofrecieran una imagen sin fisuras de la imagen autoral que buscaba construir. Pareciera que para nuestro autor era crucial mantener un "campo de coherencia conceptual o teórica" que es lo que, según advierte Michel Foucault, define a cierta tipología de autores y su obra: "No se construye a un autor filosófico igual que a un poeta" (Foucault 26).²⁹

Ingenieros parece deslindar con claridad los límites de la "función-autor" que pretende atribuir a su nombre propio en el marco del vasto campo socio-discursivo registrado en las páginas de la prensa periódica, pero también en relación con los dominios disciplinarios por los cuales transitó: la reutilización de material cronístico en los libros de psiquiatría así lo prueba. Nos encontramos, en definitiva, con un ejemplo sensible donde ocurre lo que advertía Beatriz Sarlo cuando destacaba el valor, para la historia cultural, de las "revistas viejas", valor que aquí podemos extrapolar a la prensa periódica: un verdadero "reservorio de época".³⁰ El caso de Ingenieros muestra cabalmente cómo en la sintaxis de los libros, "que se juzga más definitiva" (Sarlo 10), se oblitera una zona del estilo discursivo de su región y su época, en la que nuestro autor intervino con voz potente, y que volvemos a oír al recuperar las crónicas "olvidadas" en las páginas de *La Nación*.

Obras citadas

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. *Ensayos argentinos: De Sarmiento a la vanguardia*. 1983. Ariel, 1997.

- - -. "Del autor". *Literatura / Sociedad*. Edicial, 2001, pp. 108-153.

Bagú, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. 1936. El Ateneo, 1953.

²⁹ Sobre la relación entre la construcción de la figura autoral y el proyecto literario / intelectual, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo observan que "si bien no es en ese conjunto de creencias que integran la 'conciencia de sí' del escritor donde hay que buscar la verdad de la práctica literaria, esa 'conciencia de sí' forma parte de la verdad de dicha práctica [...]" ("Del autor" 110). Por ello, consideran que una de las dimensiones ideológicas de un autor es, precisamente, el proyecto escritural, que en sí mismo es una "forma de la ideología" (112-113).

³⁰ Tomamos la expresión de José Luis Petris, quien afirma: "Si cualquier diario forma parte del discurso social de una época y una región, es también el soporte, el ámbito de circulación de muchos otros discursos sociales (no propios). Es en definitiva uno de los mejores escenarios donde revisar el estilo discursivo de una época, la colección de estilos que la atraviesan y definen. (Los diarios y las revistas, debido a las actuales modalidades de conservación y manipulación, son *reservorios de épocas* más efectivos que los textos radiales y televisivos; únicos, por otra parte, para recuperar el principio de este siglo [XX] o décadas aún anteriores.)" (123).

- Balltondre, Mónica y Andrea Graus. "The city of spirits. Spiritism, Feminism and the Secularization of Urban Spaces". *Barcelona: An Urban History of Science and Modernity, 1888-1929*, editado por Oliver Hochadel y Agustí Nieto-Galán, London / New York, Routledge, 2016, pp. 136-157.
- Battistella, Ernesto. "José Ingenieros, un postmoderno avant la lettre". *Cuadernos del Sur*, no. 21-22, 1988-1989, pp. 47-63.
- Colombi, Beatriz. "La crónica modernista: Para una arqueología de su crítica". *Textos Híbridos. Revista de Estudios sobre Crónica y Periodismo Narrativo*, vol. 7, no. 2, 2020, pp. 5-17, <https://textoshibridos.uai.cl/index.php/textoshibridos/%20article/view/115>.
- Darío, Rubén. *España contemporánea*. Prólogo de Felipe Benítez Reyes. Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid / Visor, 2005.
- Darrigrandi, Claudia. "Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio". *Cuadernos de Literatura*, vol. 17, no. 34, 2013, pp. 122-143.
- Darrigrandi Navarro, Claudia y Tania Diz. "Un género persistente: crónica periodística-literaria latinoamericana". *Cuadernos de Literatura*, vol. 23, no. 45, 2019, pp. 176-182.
- E. N. "Mémoires d'un Médecin, par le docteur Veressaïef, traduit du russe par S.M. Persky, introduction par De Wysewa. I volume in 18, librairie Perrin". *La Revue Socialiste*, no. 35, 1902, pp. 631-633.
- Fernández, Cristina Beatriz. *Hojas al pasar: Las crónicas europeas de José Ingenieros*. Buena Vista, 2012.
- Foucault, Michel. *¿Qué es un autor?* 1969. Traducido por Silvio Mattoni, El cuenco de plata / Ediciones literales, 2010.
- Giusti, Roberto. *Visto y vivido: Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Losada, 1965.
- González, Aníbal. *La crónica modernista hispanoamericana*. José Porrúa Turanzas, 1983.
- Graus, Andrea. "Discovering Palladino's mediumship. Otero Acevedo, Lombroso and the quest for authority". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, no. 52, 2016, pp. 211- 230.
- Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. FCE, 1954.
- Ingenieros, José. *Al margen de la ciencia*. Lajouane y Cía., 1908.

- - -. *Al margen de la ciencia*. Sempere, 1909.
 - - -. “La crisis del socialismo en Italia: La conspiración de los revolucionarios. Opiniones de Ferri y Turati”. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*, pp. 227-232.
 - - -. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*, editado por Cristina Beatriz Fernández, Martín / UNMDP/ ANPCyT, 2009.
 - - -. “Crónicas de viaje”. *Obras completas*, Tomo VIII, editado por Aníbal Ponce. Mar Océano, 1962, pp. 81-224.
 - - -. *Crónicas de viaje (1905-1906). Elogio de la risa; Italia; Los psicólogos y la psicología; Al margen de la ciencia; Dos discursos*. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., 1919.
 - - -. “La evolución del socialismo en Italia”. *La España moderna*, ene. 1906, pp. 70-103.
 - - -. “Histeria y sugestión”. *Obras completas*, Tomo II, Mar Océano, 1962, pp. 7-166.
 - - -. *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte*. Sempere, 1906.
 - - -. “El V Congreso Internacional de Psicología”. *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal. Sociología. Derecho. Psicología. Pedagogía*, no. 4, 1905, pp. 348-357.
 - - -. “La transmisión del pensamiento: Fenómenos de percepción a distancia. El espiritismo y lo desconocido”. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*, pp. 287-291.
 - - -. “La tuberculosis: El congreso de París. Un anticipo de los temas más importantes. Notas rápidas”. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*, pp. 167-174.
 - - -. “Últimas notas de congreso: Caracteres de las pasiones. Sabios y estudiosos. Los órganos de la inteligencia. Fantasías del magnetismo”. *Las crónicas de José Ingenieros en ‘La Nación’ de Buenos Aires. (1905-1906)*, pp. 53-65.
- Latino, Aníbal. “Importancia literaria del periodismo”. *La nueva literatura*. Cervantes, 1922, pp. 153-161.
- Mogillanzky, Gabriela. “Modernización literaria y renovación técnica: La Nación (1882-1909)”. *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires. 1892-1916*, coordinado por Susana Zanetti, EUDEBA, 2004, pp. 83-104.

- Molero Mesa, Jorge. "La tuberculosis como enfermedad social en los estudios epidemiológicos españoles anteriores a la guerra civil". *Dynamis. Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. 9, 1989, pp. 185-223.
- Nieto-Galán, Agustí. *Los públicos de la ciencia: Expertos y profanos a través de la historia*. Fundación Jorge Juan / Marcial Pons, 2011.
- Palau-Sampio, Dolors. "Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos en un género entre la literatura y el periodismo". *Palabra Clave*, vol. 21, no. 1, 2018, pp. 191-218, doi:10.5294/pacla.2018.21.1.9
- Petris, José Luis. *Crónicas y naciones. Estilos de diarios / Estilos en diarios*. Cántaro, 1998.
- Pierini, Margarita. "Escribir desde los márgenes. Tres crónicas (sub)urbanas a lo largo de un siglo". *Actas De Crónicas y Ciudades: La tibia garra testimonial. Encuentro Internacional de Cronistas Latinoamericanos*, editado por María Verónica Gutiérrez y Betina Campuzano, Universidad Nacional de Salta, 2018, pp. 157-164.
- Plotkin, Mariano Ben. *José Ingenieros: El hombre que lo quería todo*. Edhasa, 2021.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. 1989. FCE, 2003.
- "Recepción en el Jockey Club. Banquete al Sr. Cyro de Azevedo. Partida del Dr. Ingegnieros", *Caras y Caretas*, 8 abr. 1905, p. 29, <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/viewer?id=599bf0e7-2a7e-446d-9357-94a198c5c526>.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. FCE, 2005.
- Sarlo, Beatriz. "Intelectuales y revistas: razones de una práctica". *América: Cahiers du CRICCAL*, no. 9-10, 1992, pp. 9-16, doi:10.3406/ameri.1992.1047
- Scarano, Mónica. "Crónica y modernidad. Derivas y precisiones". *Actas De Crónicas y Ciudades: La tibia garra testimonial. Encuentro Internacional de Cronistas Latinoamericanos*, editado por María Verónica Gutiérrez y Betina Campuzano. Universidad Nacional de Salta, 2018, pp. 12-23.
- Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba: Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*. Sudamericana, 1993.
- Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. 1977 / 1988. Taurus, 2003.

- Taraborelli, Gustavo. "El socialismo de José Ingenieros en sus crónicas italianas". *Agora Philosophica*, no. 33-34, 2016, pp. 47-63.
- Tarcus, Horacio. "Espigando la correspondencia de José Ingenieros: Modernismo y socialismo fin-de-siècle". *Políticas de la Memoria*, no. 10-11-12, 2009-2011, pp. 97-122.
- Terán, Oscar. "Estudio preliminar". *José Ingenieros: pensar la nación: Antología de textos*. Alianza, 1986, pp. 7-104.
- Vallejo, Mauro. "Telépatas porteños: La transmisión del pensamiento en la ciencia y la cultura de Buenos Aires (1880-1900)". *Revista de Humanidades*, no. 34, 2016, pp. 91-116.
- Veressaïeff, Vikentij Vikent'evič. *Memoires d'un médecin*. Traducido por S. M. Persky, Introducción de Teodor de Wyzewa, Perrin, 1902.
- Weinberg, Gregorio. "De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros". Prólogo. *Obras completas*, de José Ingenieros, Tomo VII, Mar Océano, 1962, pp. 7-16.